

que podían saber y recordar los mejores cantaores y guitarristas de la época. Incluso es posible pensar que un buen aficionado al flamenco, contemporáneo del poeta, tenía sobre la historia y la genealogía de los cantes conocimientos más acertados que los de Federico. Y sin embargo, aquel muchacho, casi un adolescente, escribió sobre los aspectos más brillantes y tenebrosos de esta maravillosa música algunas de las páginas más esenciales, recónditas, certeras y reveladoras de cuantas han tenido el fervor y la gratitud. Saber no es suficiente. A Federico ni siquiera le estorbaron las ignorancias que llamé veniales para dejarnos algo que está más allá del saber: el conocimiento poético. Más tarde escribiría algunas obras completamente memorables. Pero ya entonces, en 1922, disponía del dispendio de la genialidad, y con ella acertó a confiarnos algunos de los secretos más impenetrables de la tensión flamenca. Contemplando su *Poema del cante jondo* es evidente —consiéntaseme vaticinar en el pasado— que Federico García Lorca estaba destinado a redactar obras maestras, pues ya había comenzado. En un acto cultural previo a la celebración del *Concurso de Cante Jondo* que tuvo lugar en Granada en 1922, Federico leyó unas páginas de su libro sobre el flamenco; en un diario del día siguiente, el cronista vaticinó en el porvenir: «Granada cuenta con un poeta —escribió—. Este chico (...) mañana será una gloria». Acertó. Federico García Lorca alcanzaría a ser un avari-

cioso instante de deslumbramiento y de iluminación en la historia de la expresión poética en idioma español. Y tengo además la confianza de que el anónimo periodista que arriesgó su capacidad de vaticinio en el verano de 1922, al escribir la palabra «mañana» no aludía a un tiempo en que el poeta podía acaso haber cumplido ochenta y ocho años de edad —si no hubiera obstruido esa fluidez la petrificadora diligencia del crimen—, sino a un mañana más modesto, el cual daba a ese vaticinio más lucidez y más fervor. En efecto, «mañana», tan sólo dieciséis años después de aquel aún casi juvenil recital flamenco en Granada, y con tan sólo treinta y ocho años de su edad vívidos y transformados en conocimiento poético, Federico era justamente famoso y extraordinariamente querido.

LA IDENTIDAD DEL FLAMENCO

La supervivencia del arte flamenco, su creciente prestigio nacional e internacional, el estremecimiento que ante él puede vivir cualquier público de cualquier lugar de la Tierra, todo ello parece sugerir que el sufrimiento con que una forma artística haya sido creada garantiza su hondura, su identidad y su duración. Ahora, cuando se nos informa de que en un barrio de Tokio existen medio centenar de tablaos y que el número de aficionados y de estudiantes de la guitarra flamenca en el Japón supone una cifra en la que caben muchos miles, es el

momento de recordar que las primeras formas del cante gitano-andaluz tuvieron su misterioso nacimiento en algunas cuevas y patios pobres de la Baja Andalucía y en algunas cárceles del Sur. Por las primeras letras de tonás y de siguiurias asoman testarudamente temas bien significativos: la prisión, el miedo, la marginación, la pobreza. Dos de los sueños de los cantes antiguos llevan nombres sonoros, estrictos y nostálgicos; *la salú* y *la libertá*. El flamenco recibe hoy la atención de intelectuales, de artistas, de grandes casas discográficas, de públicos multitudinarios; se desarrollan seminarios de estudios, festivales nacionales, giras dentro y fuera de España, concursos de cantes, de bailes, de letras para coplas, recitales de guitarra, semanas de flamenco a teatro lleno; se emiten periódicos programas de radio y de televisión, se editan libros y monografías que rastrean sus orígenes y su desarrollo... pero aún no hace mucho tiempo don Antonio Chacón y el guitarrista Javier Molina recorrían a pie o a lomos de un rucio los caminos de Cádiz, de Sevilla y de Huelva para actuar en los casinos o en las tabernas, comían —cuando tenían— pan y queso bajo los puentes, y al entrar en los pueblos cambiaban sus alpargatas de viaje por unas botas limpias «para estar decentitos». Hoy son el *tablaó*, el turista trivial o absorto, el festival con millares de espectadores, el teatro repleto, el programa de televisión, el concurso nacional, el recital en la sala más prestigiosa en la Universidad, etc.